



## CAPITULO VIII

### El apogeo del Demiurgo

#### El áspid debajo de la almohada

Las noches de César eran tranquilas, dormía como un león en un bosque donde no había otro león, ni animales de garra y lucha, ni aun mosquitos, por estar el local bajo la vigilancia del Consejo Superior de Sanidad.

Los registros de los cementerios, en 1<sup>o</sup> de enero de 1902, en que culminaba el demiurgo, respecto de las entradas definitivas de los Altos Barones de Tuxtepec que podían hacer sombra de armas al hombre que había hecho una nación, eran inmejorables.

*Muertos:* General de División Manuel González, idem Juan N. Méndez, idem Vicente Riva Palacio, idem Carlos Pacheco, idem Francisco Naranjo, idem Servando Canales, idem Trinidad García de la Cadena, idem Luis Mier y Terán, idem Francisco Tolentino, idem Miguel Negrete. *Generales de Brigada:* Luis Galván, Rosendo Márquez, Mariano Jiménez, Jesús Toledo, Juan de la Luz Enríquez, Carlos Díez Gutiérrez, doctor Ignacio Martínez, Hipólito Charles, Rafael Cravioto, Canuto Neri.

Puede decirse que solamente quedaban dos hombres de armas, de los días de prueba; el divisionario Jerónimo Treviño y el fiel e incorruptible Francisco Z. Meana. El primero, estaba jineteado en Nuevo León por el

general Bernardo Reyes, que ni pestañear lo dejaba, y el segundo, estaba en la capital al lado del Príncipe. Todo lo concerniente a Tuxtepec, hombres y cosas, era una tumba alegre cimentada en la ambición del César.

De los mismos registros de los cementarios, se sacaba el estado plausible de la Dictadura, exenta de todo temor, pues los próceres militares enemigos de Tuxtepec, y de prestigio en la nación, dormían el eterno sueño.

*Muertos durante la Dictadura:* Generales de división: Ramón Corona (asesinado), Mariano Escobedo, Nicolás Régules, Pedro Ogazón, José Ceballos, Sóstenes Rocha, Ignacio R. Alatorre. De brigada: Carlos Fuero, Guillermo Carbó, Bonifacio Topete.

Sólo quedaba un racimo de momias y jefes que, por su edad o poco valor, ofrecían al orden público garantías de paz eterna.

El general Díaz, no sabía en enero de 1902 que quedaba un militar ambicioso creado por el mismo César, sobre sus rodillas, y con biberones de leche cantaridada de la mejor crema para el cuartelazo. Ese personaje, no era otro que el general don Bernardo Reyes, gobernador efectivo de los Estados de Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Zacatecas; primer procónsul del Imperio con facultades de pretor; jefe real de seis mil hombres del ejército federal; ídolo del medio pelo social; fascinador de todos los estudiantes de la República; mano de hierro muy estimada de las clases ricas; faro eléctrico de las medianías de la prensa; miembro del Parnaso Mexicano; historiador de las glorias del general Díaz; única esperanza de los descontentos, de los despechados, de los fatigados del porfirismo, de los hastiados con tanta prosperidad del país y con su propio servilismo.

Es injusto acusar al general Díaz de no haber preparado un sucesor conveniente para el medio social. Lo preparó con esmero, con pasión, con fanatismo, aunque contra toda su voluntad, pues no obstante jactarse de ser como todos los dominadores de pueblos,

conocedor profundo de hombres y cosas, no conoció durante dieciséis años la ambición del general Reyes, visible como el mar en la Habana. El general Díaz no sabía lo que estaba haciendo, cuando creaba a su cuervo, extractor de sus ojos; había gastado el César veintidós años en exterminar física y moralmente a todos los militares presidenciables, había orado todas las noches repitiendo la sentencia briosa del profeta Jeremías: "maldito sea el hombre que confía en otro hombre," y sin embargo, toda la desconfianza del que conoce que la dictadura es "la lucha de la ambición de uno contra la ambición de todos," la convirtió en confianza de pastora virginal que entra en idilios nocturnos con el enano libidinoso, vigía de la torre del castillo feudal. Evidentemente que, desde 1888, la degeneración comenzó a hacer estragos deplorables en el general Díaz. Al terminar el año de 1902, averiguará que el general Reyes, su Ministro de la Guerra, por debajo de la mesa está tocando con la rodilla la Presidencia de la República, y entonces obrará el miedo, y el César por la primera vez, dejará sin castigo al traidor.

Por lo demás, todo en la superficie de los acontecimientos era un vergel, donde tenía culto pagano la ninfa "Reelección Perpetua."

\*  
\* \*

### Lo florido del paisaje

La destrucción de las ambiciones presidenciales por el general Porfirio Díaz, llegó a tal grado de valor artístico, que ya desde el año de 1886, después del asesinato político del imprudente general don Trinidad García de la Cadena, se temía más ser señalado candidato presidencial, que ser acusado de parricidio, incendio o traición a la patria. Se consideraba que aspirar a la Presidencia, era aspirar a la persecución, al odio infinito del omnipotente, a desaparecer del catá-

logo de los vivos, legando a la familia y a los amigos una renta vitalicia de grandes infortunios. En cada Estado, aspirar a ser gobernador, era como proclamar la rebelión a mano armada, cometiendo el crimen nefando de trabajar en contra de la paz, fundada sobre la eterna parálisis política nacional. Todavía más: un amigo íntimo del Príncipe no podía pedirle ser gobernador de un Estado, sin pasar por ambicioso de mala ley, díscolo, amigo dudoso, fuertemente inclinado a la turbulencia. Tampoco se podía recomendar para gobernador a persona alguna, sobre todo, si era de valer; equivalía a hacer política, y bastaba ser recomendado para gobernador, ministro o general, para ser dado de baja en la imaginación del omnipotente, obteniendo el recomendado un fracaso completo. Se llegaba a los altos puestos, por la humildad, el disimulo profundo de la ambición, por la comedia de un poco de cretinismo, por una fisonomía de estupefacto, afirmada con voz débil de plegaria. El general Díaz, acostumbó a los mexicanos a que nunca conocieran nombramientos de funcionarios antes de haber sido hechos; y si alguno se atrevía a interpellarlo respetuosamente, la contestación invariable era: "aun no he resuelto sobre esa vacante." Bastaba con que la opinión pública indicara a determinada persona para determinado cargo, para que el general Díaz se considerara lastimado en su fiera divinidad, en su prerrogativa de infalible, y con cólera sorda y semblante duro de dios azteca, distribuía miradas aterradoras. El país era suyo, como una cosa, y las cosas no hablan, ni proponen, ni manifiestan deseos, ni sienten, ni perturban con impertinencias la augusta tranquilidad de sus dueños. Los nombramientos debían caer sobre quienes menos se esperaba; de este modo, el "Supremo" hacía sentir que su poder no emanaba de la nación, sino de sí mismo, y que más bien la nación era la que había emanado y debía seguir emanando, en su desarrollo, del capricho del amo de un universo no sujeto a leyes irrevocables, porque éstas siempre ponen límite a la omnipotencia. Las

sensaciones políticas estaban totalmente prohibidas, y el gobierno dictatorial fijó en la conciencia, con tinta roja de terror, el siguiente principio: "Nada de política, todo administración." Los nombramientos de gobernadores de los Estados, eran muy meditados por el Dictador. Por supuesto, debían recaer en un amigo incondicional a toda prueba, respaldado por hoja de servicios personales al Jefe del Estado, en los días de sacrificio en que se luchaba por la patria y por las instituciones. Si no era posible esa amable prueba, el candidato debía ser un católico rico, y si era aristócrata, mejor. El desempeño de amigo incondicional del general Díaz, en funciones de gobernador de Estado, era muy laborioso, porque requería: pertenecer a la clase civil; ser casi o completamente reconocida nulidad; propagar la doctrina patrística, predicada por los grandes amigos de los días de prueba, general Pacheco, general Mier y Terán, don Teodoro Dehesa, coronel don Martín González y boticario Apolinar Castillo, oaxaqueño, basada en el siguiente dogma: "Antes el general Díaz, que Dios." Se requería, además, brindar en público el mayor número de veces posible, con el objeto de mencionar al héroe de la paz y referirlo al héroe de la guerra en la operación militar más grandiosa de la Historia, que según el señor licenciado Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones, fué el asalto del 2 de abril, a la plaza de Puebla. No era mal visto recordar "Miauatlán," "La Carbonera" y algo del "5 de mayo."

Debían los gobernadores servir para todo; para falsear las elecciones federales, locales y municipales, conforme a consigna recibida del Centro; para propinar palizas nocturnas a los trovadores políticos populares; para arrojar a los periodistas, en casos necesarios, a hornos metalúrgicos encendidos capaces de reverberar a los espíritus más sediciosos; para consignar al servicio de las armas a los levantiscos; para aplicar oportunamente la ley fuga; para vigilar que en la población no se despertaran energías sospechosas;

para mantener dentro de su cepo de campaña, a la prensa, siempre por medios siniestros pero eficaces; correspondía también al gobernador garantizar el amor del pueblo al gobierno paternal; igualmente era responsable de la reducción de las pasiones populares a la única de adorar al creador de una nación. Les tocaba también, informar periódicamente sobre la temperatura de las almas, sobre la actitud de los cuerpos, sobre la petrificación de los espíritus, sobre la condensación de las aspiraciones públicas en el culto infinito del "Eterno;" por último, los gobernadores debían contribuir con las sumas que se les ordenasen, a todas las grandes fiestas del porfirismo, verificadas en la capital, como bailes, saraos, banquetes, procesiones de antorchas, arcos triunfales, obsequios de toda clase al inmortal "Patricio," y mirar en todo por el bien y la prosperidad del invicto Caudillo, admirado en ambos hemisferios por los más culminantes pueblos extranjeros.

Es difícil decidir si en México el general Díaz ha sido más adulado que Alejandro el Grande, Carlo Magno, Guzmán Blanco o Napoleón I. Fué Davout, un verdadero héroe, mariscal de los ejércitos victoriosos del Emperador, quien dijo: "Si el Emperador considerase de su agrado destruir completamente a París con sus habitantes y todo, y para ello fuera preciso que ninguno lo supiese, Maret sería capaz de ejecutar la obra, mandando previamente un aviso a su familia. Yo no, aun teniendo dentro de París a mi mujer y a mis hijos, los dejaría perecer." (Taine.) Se llega en materia de servilismo, a lo monumental; se tiene que llegar en materia de despotismo, hasta lo infernal. No es extraño que hombres tan adulados como los dictadores demiurgos, acaben por adoptar el programa de portarse con la humanidad como si fuera su escupidera.

El general Díaz, hacía concesiones a su sistema de aprovechar las nulidades y de burocratizar el Imperio, poniendo gobernadores militares donde era necesario una mano de hierro empuñando el acero, como en Pue-

bla, para vigilar la sierra, y en Nuevo León para tener en un puño a los prohombres fronterizos, más domesticados que los asnos, después de treinta años de servicio. A veces, aparecían en los gobiernos de los Estados, personas honorables, inteligentes, de valer, siempre que aceptasen arrojar al fuego su independencia y tomar el hábito "de la paz."

\*  
\* \*

### La aristocratización del gobierno

Como es bien sabido, el Presidente Juárez fué de origen muy humilde, e indio puro. Siendo Presidente de la República, vivía en un modesto entresuelo del Palacio Nacional, en la calle de la Moneda. Su círculo era de familias de la clase media, u oaxaqueñas de cristalización liberal, que en aquel tiempo eran vistas con horror por las clases ricas, debido al anticatolicismo de aquéllas y a la ejecución del Archiduque de Austria. Ni don Benito Juárez, ni su familia, habían continuado siendo católicos, y se esmeraban en hacer patentes sus ideas ultraliberales de ardientes libre-pensadores. Había también entre las relaciones de la familia Juárez, personas de la clase media, y parientes de don Benito, indio de Ixtlán, que no se habían transformado siquiera en personas de la clase popular urbana.

Don Benito Juárez, no tenía carruaje propio, concurría todas las tardes con su familia, vestida muy modestamente, al paseo de Bucareli, en un coche de la Presidencia, viejo y de forma vieja, tirado por un tronco de caballos flacos como todos los caballos de la Nación, desalifnados, circunspectos y sin bríos aristocráticos ni salvajes. Era un tronco enteramente democrático, porque se igualaba a los de los coches de alquiler de segunda clase. La familia del señor Juárez, asistía a las grandes óperas, sin alhajas, con trajes sen-

cillos, decorosos, correctos, llevados con propiedad y sosteniendo un porte incuestionablemente digno.

Los Ministros de don Benito Juárez, con excepción de Lerdo, Iglesias, Mariscal y Martínez de Castro, criollos, eminentes por su ilustración, sus modales de caballeros, su tipo de estadistas, sus relaciones sociales elevadas, y su aspecto de funcionarios ingleses, los demás Ministros, buscaban seguir las modas democráticas: don Matías Romero, financiero profundo muy probo, había absorbido el estilo de un puritano de los Estados Unidos; cabeza arreglada por un huracán del Golfo, levitón negro, largo, de presbítero metodista, pantalón de campana del mismo color, zapatos de obreiro de locomotora Baldwin, camisa limpia sin almidón, sombrero fieltro *aguesadillado* o chistera revolcada; hacía viajes de su casa al palacio nacional, a caballo, en silla inglesa, llevando debajo del brazo su cartera voluminosa de Secretario de Hacienda insolvente. Don Blas Balcárcel, tipo de honradez, de pulcritud de lenguaje, de aseo personal, poseía solamente el traje negro encapillado, y un frac que guardaba en el cajón de su pupitre, para ponérselo tan pronto como fuera llamado de la Presidencia al objeto de concurrir a solemne acto oficial. Don Francisco Mejía, financiero, había hecho profesión de demócrata y de hiperpatriota, no había de usar más que efectos del país, sus vestidos exteriores, los confeccionaba un sastre de barrio, comía a veces en figones, tenía compadres pulqueros, bailaba la Varsoviana en las *posadas* cursis, era valiente y mandaba padrinos para reclamar a todo aquél que no conviniera en que México fuese la primera nación del mundo.

En el ejército, casi no había uniformes. El general Díaz en 1867, entró triunfante a la cabeza de la invicta división de Oriente, con traje de encargado de tlapalería, mostrando un tipo verdaderamente infeliz. El general don Ramón Corona, otro enorme prócer de la República, se apareció en la capital mandando el ejército de Occidente, con fieltro negro de *quesadilla*, cha-



queta rabona del mismo color, corbata roja con nudo hecho por el asistente, sin chaleco, pantalón negro ajustado, zapatón de vaqueta amarilla. El general don Mariano Escobedo, jefe del ejército del Norte, se presentó en traje de vaquero del Bolsón de Mapimí, con una gran bufanda que le ocultaba la cara, y unos anteojos de notario. Como se comprende, ese aparato heroico que mal olía, no podía conmover a las multitudes.

Las razas latinas tienen el culto por la imagen, a eso debe en parte su victoria el catolicismo; al alma latina, toda autoridad le sabe a claustro, toda disciplina a cilicio, toda ley a tiranía, toda gravedad a ofensa, todo lo opaco a miserable. El latino posee, arraigado hasta el fondo de sus entrañas, el sentimiento de la suntuosidad, lo que ha influido para que la democracia repugne con el lirismo aristocrático de las razas latinas y sea confundida con hedor de plebe, tufo de club jacobino y desvergüenzas de prensa meretriz. A nuestros demagogos, los tenía en constante delicia el incorrecto aspecto social de la administración de don Benito Juárez.

El ejército, acabó de desprestigiarse entre las clases superiores y las inferiores, entre aristócratas y plebeyos, entre crema y peladaje, porque aparecieron numerosos generales y coroneles con mando, sin camisas limpias, que al comer metían el cuchillo en su boca, limpiaban sus bigotes atacados por las rojas salsas mexicanas, con el mantel o con el dorso de la mano negra por falta de jabón, masticaban con ruido de guayín que marcha sobre empedrado, bebían pulque ya pútrido, dormían siesta con botas y acicates, daban escándalos en las cantinas y en las casas públicas, asistían a los teatros en compañía de toda clase de rameras, escupían por el colmillo, se alojaban en hoteles de tercer orden y en los mesones de Peralvillo, comían en la fonda de San Agustín y daban días de campo en Santa Anita, que terminaban siempre con la sacada de la pistola y el alarido de "soy muy hom-

bre y a mí nadie me *ningunea*," cerrándose la escena con el chubasco reglamentario del último período de la beodez.

Ese *sansculottismo* deleitaba a los jacobinos, y repugnaba a las plebes rebosantes de amor atávico por héroes solemnes, que sólo les parecen auténticos cuando relumbran vestidos como Aquiles, Julio César, Napoleón I, don Agustín Iturbide, o cualquier general que en su traje exprese de algún modo, que habita las regiones de la epopeya. Nada repugna más a las plebes, que ver sobre ellas otra plebe. Doscientos mil años de tradición les han infundido el respeto por sus mandatarios; primero, en las teocracias, sólo el dios manda; después, Dios y el Emperador; después, Dios y el Rey, y no admiten que la mugre tenga cetro y arrastre púrpura en escalinata de Capitolio.

La aristocratización del general Díaz, empezó con su política de conciliación, y dió lugar a los fenómenos siguientes, insoportables para el medio pelo social, que se ha tragado la sombra de Marat y los sudores de taberna de Hébert. En vez de que los diputados y senadores fueran todos burócratas, generales, coroneles, y abogados sin clientela, con excepción de diez o doce profesionales independientes muy honorables, el general Díaz introdujo en las Cámaras federales y en las legislaturas de los Estados, representantes de la aristocracia de abolengo, de la plutocracia nacional, del alto catolicismo y de profesionales de gran posición social; y en la diplomacia, opulentos millonarios de educación refinada, capaces de satisfacer las más minuciosas exigencias de los protocolos. Dió respetable lugar en los gobiernos de los Estados, en la Suprema Magistratura, en las Secretarías de Estado, a representantes de la Industria, del Comercio, de la Banca, de la Agricultura, de la Ciencia, de la Literatura, del Arte y de toda clase de cultura o potencia de lo elegante y de la distinción.

Dispuso que los días de apertura de sesiones parlamentarias, todos los miembros del Congreso asistieran

en traje de etiqueta; que la servidumbre, que hasta entonces había tenido el aspecto de corporación de rateros de arrabal, se presentase con buen personal físico, limpia, esterilizada, despiojada, con bello uniforme, completamente disciplinada, respetuosa y entendida en sus deberes. La obsesión jacobina de *enmugrar* la vida social, había hecho que se suprimiese en el ejército los uniformes brillantes, los batallones y regimientos especiales, los sombreros montados de los generales, el lujo en las monturas y el aseo en todas partes. Igualmente, el jacobinismo había suprimido los uniformes diplomáticos y todo lo que fuera signo de distinción. Se había tratado de plagiar las costumbres políticas norteamericanas, dando a todo un aspecto de jamón ahumado y de grosería abrumadora. El general Díaz, estableció una guardia presidencial con uniformes vistosos, formó un estado mayor con oficiales elegantes, en su mayoría procedentes del Colegio Militar, algunos de ellos ricos y miembros de la aristocracia, y se esmeró en presentar un ejército disciplinado, equipado y uniformado con lujo, escogiendo para los oficiales cascos alemanes con plumeros y penachos blancos, rojos o negros. La artillería estaba muy bien arreglada en lo técnico, las piezas limpias como si fueran alhajas, los trenes, mulas y guarniciones como para espectáculos grandiosos de solemnes autocracias europeas. Los carruajes presidenciales, los automóviles, las vajillas de plata para los banquetes, los juegos de té de oro, los muebles selectos de los palacios; el bosque de Chapultepec casi en ruinas, porque el militar encargado de su cuidado abatía árboles de veinte mil años para robarse la leña, reparado y convertido en uno de los primeros paseos del mundo. El general Díaz hizo construir monumentos espléndidos, edificios de mármol o de raras piedras de construcción costosas y bellas, destinados a oficinas públicas, hospitales, escuelas, etc. Cuando el Dictador viajaba, lo hacía en tren presidencial admirable por su gusto, y el aspecto de su viaje era de Emperador ruso o alemán.

Cuando visitó la península yucateca, le dedicaron fiestas estupendas por el derroche de dinero; solamente uno de los hacendados, el señor don Rafael Peón, gastó en recibir al César, en su finca de campo, como medio millón de pesos plata.

Evidentemente que la transformación del gobierno de don Benito Juárez, que no era democrático más que en la detestable tarea de destruir todo lo bello y elegante, tampoco venía a la sencillez de una República que supone sentimientos pastoriles, pasiones patriarcales, deseos de costumbres frescas y ambiciones de dormir sin pesadillas. Pero es preciso fijarse, en que el general Díaz no pretendía regir una república democrática; había revelado con toda franqueza su carácter de Dictador, que, para afirmarse en la imaginación oriental de las plebes mexicanas, aun cuando fueran americanas, necesitaba presentárseles como un Faraón, como un Rey asirio o como un Emperador romano de la distinción de Tiberio o la elegancia militar de Trajano.

Todo ese buen gusto, todo ese lujo, todo ese arte, toda esa coquetería aristocrática, todo ese estilo de pomposidad europea autocrática, toda esa forma de gobernante persa en ciertos puntos, irritaba, más que al sentimiento democrático de una nación educada en el latinismo, la susceptibilidad excesiva de los jacobinos y demagogos, y de la parte femenina de la clase media. La vieja guardia de la Revolución Reformista, exceptuando personajes como el señor Mariscal, identificado con el guarda-sellos de Dionisio el Viejo, y otros renegados de la Arcadia azteca, enrollaba su espina dorsal atacada por el tetanismo jacobino, y reafirmaba más que nunca, su gran principio de la igualdad de todo ante la grosería, la mugre, el mal vestir, el abandono de la persona a todo lo que la deprime y la aleja de la gran obligación social de ser agradable para sí y para los demás.

Las plebes aprobaban ese lujo de la corte porfiriana, como habían aplaudido el del Archiduque Maximilia-

no, y antes el de su Alteza Serenísima el general don Antonio López de Santa-Anna. La plebe de la ciudad de México, era la más noble de las plebes y también de todas las clases superiores mexicanas; no conocía la vil pasión de la envidia, no experimentaba ante el lujo sentimientos de ferocidad, no sentía rencores para los que la habían tratado siempre con desprecio: si tenía sucio el vestido, poseía limpio el corazón. No poseía deseos de igualarse con los de arriba. Lo mismo gritaba "viva la libertad," que "viva la revolución," que "viva el militarismo" o que "viva la democracia." Esa indiferencia no era efecto de su estupidez, ni de servilismo, como lo ha creído el general revolucionario don Alvaro Obregón, sino efecto de un hecho que han desconocido los revolucionarios que agobian con sus insultos a la población de la capital de la República, por aparecer insensible ante las agresiones de la tiranía. La verdad es, que los habitantes de la ciudad de México nunca habían sido tiranizados antes de 1913, ni por los Virreyes de España, ni por la Inquisición católica, ni por el militarismo, ni por los guerrilleros bandidos, ni por los demagogos, ni por gobierno alguno. Jamás a las plebes mexicanas las ha torturado el fisco con impuestos directos, ni les han restringido sus vicios, ni han estado bajo la acción de jefes políticos brutales, ni se les ha obligado a prestar trabajos personales sin retribución, ni se les ha aplicado la "ley fuga;" únicamente han sufrido por la leva en determinados momentos, pero ni siquiera han sufrido por prescripciones rigurosas de la higiene. No se conoce en la ciudad de México, un saqueo general. En 1828, sólo fué saqueado el Parián, en compañía de la soldadesca. No se conoce una matanza hecha por bandidos, ni incendios, ni violaciones de mujeres por soldadescas desenfrenadas, ni hecho alguno de los numerosos que caracterizan a las tiranías. En las poblaciones de los Estados, es donde se han hecho sentir atroces tiranías, pero en la ciudad de México, los que no se habían metido en política fueron siempre respetados en sus li-

bertades, salvo, naturalmente, atentados aislados personales, pero la colectividad ha sido una de las más respetadas del mundo.

El general Díaz, llegó al máximo de grandeza en 1902, y la mantuvo hasta que quiso en 1908. Se le señalaba como al hombre que no solamente había hecho la nación, sino que todo se debía a él, únicamente a él; la había sacado de la nada, de la miseria, de la prostitución, y la había hecho una de las primeras del mundo por su lustre y poderío. El señor Limantour había sido solamente el primero de los colaboradores del general Díaz, y por eso lo distinguía el Muy Alto, y seguiría colaborando, porque no podía hacer más que colaborar; el sol sin manchas, de virtud, de patriotismo, de calor primaveral protector del pueblo, de vital flúido para la humanidad, se encontraba en el César. Tal era la ortodoxia sostenida por los teólogos del gobierno, encabezados por el general Reyes, en la prensa de circulación y en una serie de libros evangélicos, intitulados: "El Insuperable," la "Moral en Acción," "Un Siglo, Un Gigante, Un Astro," "México Floreciente," "México y su Evolución Social," "Cuadros de Grandeza," "Horas y Años de Patriotismo," y otros de menos resonancia. Esos libros, se mandaban imprimir por cuenta de la nación, en español, alemán, francés, inglés, italiano, ruso, chino y japonés. Se entregaban ejemplares en español, a todos los maestros de escuela, recomendándoles que ellos mismos dieran lectura a sus alumnos de tan interesantes obras, comentándolas con arreglo a la ortodoxia. En público y en toda la nación, se le llamaba "héroe de la paz," el "caudillo del dos de abril," el "hombre necesario." El señor licenciado Chavero, en un brindis de gran ceremonia que debía llamarse mejor "fervorín gótico," aseguró que si había en América una doctrina Monroe, el Presidente había ya redactado la "Doctrina Díaz," consistente en que América debía ser para los americanos, repartida según el territorio que actualmente poseían. Esa doctrina, aunque muy laudable, no era la doctrina Díaz, sino que

ha sido la doctrina de todos los patriotas de todas las naciones latinoamericanas, enunciadas desde que apareció la doctrina Monroe.

Y en el extranjero, la conmoción era volcánica: Cecil Rhodes llamó al general Díaz, el primer obrero de la civilización en el siglo XIX; Andrew Carnegie llamó al general Díaz, el Moisés y Josué de su pueblo; Tolsstoi lo declaró "un prodigio de la naturaleza," y Elihu Root, afirmó que debía considerársele como al héroe que merecía el culto de la humanidad. El Káiser de Alemania le regaló su retrato, denominándolo "bienhechor de América;" la Emperatriz de China lo obsequió con la orden del Dragón, Francia lo hizo Gran Cruz de la Legión de Honor; el Emperador del Japón lo honró con una condecoración que tiene dos sables; la Reina Regente de España le obsequió con una banda, Rusia con una placa, Italia con una cinta, Portugal con una medalla, Austria con un cordón, Inglaterra con la Orden del Baño; una universidad de Boston lo inscribió entre sus insignes doctores, enviándole su correspondiente título; el señor Márquez Sterling, político y diplomático cubano, en su "Psicología," dice: "Porfirio Díaz, a mi juicio, ha sido la figura más portentosa de la historia de México, porque ha sido grande con todas las grandezas, héroe con todos los heroísmos."

Y toda esa glorificación, en tiempos en que ya no puede causar efectos un Budha, un Mahoma, un Pedro el Ermitaño; en tiempos que se rechazan los demiurgos, un hombre nacido obscuro y de clase humilde, culmina como astro hasta hacer que calculen su diámetro todos los astrónomos del cielo humano. Y toda esa transformación se la debe a sí mismo, nada al medio, nada a su raza, nada al pasado, nada a la escuela, nada a nadie, todo es él por él!

### La caída general

Antes de la dictadura porfirista, el mundo político y administrativo era el basurero moral de la nación, pero como en todo basurero nacional, se encontraban objetos útiles, valores auténticos, retazos de carne sana, frascos de perfume, piedras preciosas. Durante sesenta años de vida independiente, había tenido México hombres invulnerables que luchaban y no se rendían; caracteres de rocas, dond<sup>e</sup> caían rayos y los dejaban intactos; intransigencias de volcán en erupción, serenidades de planetas vistos desde la Tierra; locos trepidatarios acosados por extraños fantasmas; patriotas indomables, políticos de fe profunda en Mesías de justicia y libertades; apóstoles candentes, que buscaban y obtenían martirios; retrógrados sublimes, clericales soñadores, saturados de sinceridad elevada, para encaminarse a la Edad Media; profetas austeros, enjaulados en sus ensueños de castigos y maldiciones; censores infatigables del paganismo moderno burgués, sin templos a Júpiter, sin vestales cristalinas en su virginidad, sin héroes troyanos, sin mausoleos de Faraones, sin Cartagos arrasadas, sin mundos conquistados; un paganismo exclusivo de Becerro de Oro, de sociedad anónima ladrona, de *trust* monopolizador, de robo incesante a los pueblos; paganismo de dogma yanqui, oliendo a petróleo y a prensa prostituída, con temperatura de larva hebrea, desecada en cofres de acero cerrados para los ideales de cualquier misticismo, en el sótano de sentimientos de codicia infinita.

Había en aquellos viejos tiempos preporfirianos, idiotas políticos, pulcros, obesos o enjutos, cabezas de pedernal, corazones de perro, fieles a su amo impersonal, el Código Democrático de 1857, un mamarracho legislativo, pero solemne, por ser la brisa heroica de una época de nobles agitaciones, sombreadas por divinas esperanzas.



El dogmático mamarracho, era de calidad propia para enloquecer pueblos analfabetos con cerebros sólo sensibles para las mentiras. Había también en esos viejos tiempos, hombres que lealmente luchaban y se rendían, como gladiadores, que sabían caer con dignidad en la arena, sabían fingir que morían, para resucitar, besando con cierta gracia, la garra del león vencedor, sabían llorar su derrota sobre las ruinas de sus ambiciones e inclinarse religiosamente ante la voluntad de Dios, o como fatalistas, aceptar las órdenes tronantes del Destino. Esos luchadores vencidos, habían mostrado bizarría y desesperación en la contienda, se quebraban agobiados bajo el peso de enormes familias sin pan, o por una senilidad desamparada, o por enfermedades implacables, o por la invasión de un escepticismo secante de los restos de su nerviosidad cívica. Por último, había otros que no luchaban, que espiaban la oportunidad de caer, de bien revolcarse en la venalidad, en el pancismo, en la gastrolatría, pero eran bravos, insolentes, arrogantes, grandes artistas para la comedia del pudor, espada caballeresca en mano o pistola al cinto, sostenían apoyados en el código del duelo, todas las prerrogativas y tersuras de su honor, que nadie podía herir ni rozar sin hallarse con "Rol-dán a prueba." Los cambios de casaca, se explicaban como santas exigencias de acrisolado patriotismo.

De todo lo humano político mencionado, había poco en México antes de 1880, pero lo había. La sociedad contaba con un sistema nervioso de población decente, generador de apreciables flúidos de patriotismo y civilización. La dictadura porfiriana, produjo el lamentable efecto de una caída general, exceptuando reducidísimo número de prohombres que no llegaban a cinco, adornados de exquisita prudencia y amor por el pacifismo; todos los colosos de nuestra historia, todos los héroes de nuestro ejército, todos los liberales ensartados en la obsesión democrática, todos los intransigentes contra los despotismos, todas las glorias nacionales, todos los pontífices de la Constitución de

57, todos los ancianos decorados con las insignias de bregas por la libertad, toda la juventud ex ardiente de ideales de justicia; todos se prosternaron ante el César, heredero de la mirada dura de Tiberio, besaron los acicates del "Dos de abril," los sudaderos del caballo de la "Carbonera," las pantuflas cardenalicias de la política de conciliación; todos cayeron ante el resurgimiento colonial e imperial de duques, condes, marqueses, canonesas, senescalesas, abadesas regañonas, lívidos priores, infalibles teólogos, preladados emocionantes. Con humildad musulmana, y por míseros salarios, escuetas canongías, ínfimos sobresueldos, ridículas sinecuras, toda la alta, la media y la rastrera intelectualidad sirvieron al despotismo sin limitación, sin vergüenza, sin vibración de rubor, sin señales de humana sensibilidad, renunciaron hasta la última traza de dignidad. Un ruidoso y repugnante cinismo fué el síntoma de vida de tres generaciones, agolpadas sobre las cajas del erario federal. Sólo los que creían que la Dictadura era el gobierno orgánico de México, presenciaban la escena sin inmutarse, como un hecho inevitable que sin dolor debía acogerse. Esos partidarios leales de la Dictadura, por no serlo de la anarquía y de la demencia, no estrujaban su dignidad como los otros que estaban creyendo que la Dictadura era un crimen social, y sin embargo la lamían, gritando que chupaban patriotismo.

La aristocracia voluptuosa, se sumergió en sus piscinas romanas de clásico servilismo imperial. Del general Díaz, debían esperarse todos los bienes; nada de felicidad por esfuerzo propio, nada de política, todo debía recibirse a título de gracia; la vida mexicana debía correr dulcemente como miel de abeja en cauce de cristal, saliendo del corazón magnánimo del hombre que había hecho la patria; toda iniciativa debía partir de su cerebro; todo beneficio de su mano; toda creencia de su amor; todo ensueño, del roce de su mirada; toda grandeza de su patriotismo; todo altar, del culto a sus glorias: nada debía emanar del derecho, el tal de-

recho servía para hacer a los hombres fuliginosos, soberbios, díscolos, rencorosos. Todos los fratricidas hablan de derecho; los locos, los neurópatas, los anarquistas, los perturbadores infatigables, los corruptores del pueblo en el club, le roban su conciencia, nau-sean en ella ambiciones resquebrajadas y rencores fermentados en jugos de envidia. Todos los anti-patriotas hablan de derechos, aturden con sus derechos, pervierten al país con sus derechos políticos, con sus jerigonzas blasfemas. La única virtud pública, la única que asegura la paz, el progreso, las mejoras materiales, la religión, los ferrocarriles, las trufas en los saraos, el puchero en el hogar, la dulzura en la oración, el éxtasis en el recogimiento, la fecundidad en los matrimonios, la restauración de las bellas costumbres, es la fe en el César que ha dado pruebas de obra sana, inmortal, maravillosa, "haciendo una nación" y conduciéndola a todo vapor por los rieles de lo Bello y lo Verdadero.

¡Nada ni nadie escapó al agachamiento general! Los escasos disidentes, por fracaso personal, ocultaban su descontento, tragaban a pasto cobardía, tartamudeaban protestas de sumisión, tosían su rabia con ruido tuberculoso, se proclamaban inofensivos y dejaban entender claramente que pasaban por todo, para que nada pasara contra ellos. Los gremios y corporaciones más limpios del pasado, se dedicaron a engordar conciencia, como el resto de las clases directivas del país. El sacerdocio escolar, fué vil: el doctor Atl, en su periódico revolucionario publicó las palabras del profesor normalista don Pedro G. Hermosillo: "Porque hasta los maestros de escuela han sido uno de los tipos más tristes de servilismo y de bajeza de que puede avergonzarse la sociedad mexicana." "La juventud que había sido desinteresada, limpia, progresista, aceptó los catecismos de rufianismo político." (Periódico del doctor Atl.)

El mismo doctor Atl, dice: "Todas las energías de la juventud, dirigiéronse a obtener de los próceres al-

gún favor, haciéndose adulatora, baja, vil, desdeñosa del bien de las mayorías.”

Cayeron a los pies del César, igualmente, las viejas, los niños, los adultos, las mujeres, las damas, los civiles, los militares, los eclesiásticos. Todos los humildes y todos los soberbios, aspiraban a ser esclavos absolutos del Príncipe; lo que dió lugar a la creación de la “Orden de los Caballeros de la Abyección,” o sea, de los “Amigos Incondicionales del general Díaz.” Se llegó a glorificar lo insano, hacer timbre de respeto la bajeza, a recibir culto público lo feal. Los nerviosos se sacudieron como bailarinas repugnantes de harem, y los linfáticos pusieron los ojos en blanco al sentir el deleite de que, siquiera un favorito del César, escupiera en sus conciencias. En los discursos, arengas, brindis, polémicas, libros, folletos, los intelectuales de todo tamaño y prostitución, exceptuando los *científicos*, gritaban la frase básica de la ortodoxia de larvas estercolares: “Me honro en ser amigo *incondicional* del señor general Díaz.” Es cierto que hubo un *científico*, que dijo que iría con el general Díaz hasta la ignominia, pero fué considerado por sus compañeros, que reprobaron su brindis, como persona que se había excedido en el banquete.

\*  
\* \*

#### Una apreciación trascendente, errónea

El distinguido crítico del general Díaz, doctor don Luis Lara Pardo, ha escrito: “Pocos gobernantes, aun entre los reyes, emperadores, faraones, sultanes y califas, han hecho más para prostituir al pueblo, que el general Díaz para degradar a los mexicanos, a quienes no pudo excluir, ni desterrar, ni sepultar en las cárceles; su ideal de gobierno era imperar sobre una sociedad de cobardes, de esclavos, de degenerados y de perversos, que le proclamasen árbitro de sus

destinos, y los entregara encadenados y amordazados a la explotación de los extraños."

El César clásico, trazado por la antigüedad, es el protector del pueblo contra los "Grandes" que lo oprimen, estén o no unidos, o en brega por la conquista del poder.

El que colma de beneficios al desvalido y alma noble tiene, no cree que lo degrada ni que lo convierte en su esclavo, porque acepta sus beneficios, ni que se arrastra el que le besa la mano que ha enjugado sus lágrimas y aliviado su dolor. El general Díaz, tenía muy alta idea de su obra. En los libros de caballería, jamás se encuentra el concepto de que el héroe desfacedor de agravios, luche con gigantes, monstruos, molinos, genios, encantadores, duendes y elementos infernales, tenga la intención de envilecer al oprimido, que, temblando de espanto le pide socorro, y se coloca a la sombra de su escudo y a la retaguardia de la lanza que derriba enemigos colosales.

El general Díaz lamentaba el 24 de mayo de 1911, que el pueblo hubiera sido para con él ingrato; y quien reclama de otros sentimientos tan nobles, es porque no cree haberlos prostituido; ni la caridad, ni la filantropía, ni la nobleza caballeresca, ni el patriotismo, ni el amor paterno, ni el tierno gobierno patriarcal prostituyen al redimido, al alentado, al salvado, al desfalleciente, en su pena indefinida.

La obra de la adulación, fácil, progresiva, convenció al César de que era taumaturgo; todo se lo debía el país; antes de él, la nación se encontraba en estado de nebulosa social, él ha hecho a la nación próspera, feliz, victoriosa: no hay en ella nada de esclavos viles y cenagosos, como dice el señor Lara Pardo.

Para el César, sus gobernados son obra maestra de dignidad, de patriotismo, de belleza física, de encanto moral, puesto que sobre su armadura de guerrero los ha creado paternalmente, dándoles golosinas y biberones repletos del néctar de la paz, del crédito, y ante todo y sobre todo, de la reelección. Él ha hecho a

esos hombres felices del tamaño que ha querido, con el organismo que ha proyectado, con las hermosuras con que los ha decorado, y no pueden ser para él despreciables. No se conoce religión elevada, ni en germen, salvaje, que haya sentado el dogma de que Dios o los dioses desprecian a sus criaturas y con sus beneficios las envilecen. Al llegar a la hermosa cúspide de la elevación nacional, tan elevada o más que la del Chimborazo, el César contempla en el horizonte circular que lo rodea, su propia figura luminosa, y entonces se siente taumaturgo más que nunca, y también demiurgo; es decir, superhombre anfibio, mitad gigante y mitad dios. Así se sentía el general Díaz, muy particularmente, en las suntuosas fiestas del Centenario, cuando recibía descargas de flores disparadas por todos los protocolos de los embajadores de Europa, Estados Unidos, Asia, y de los ministros plenipotenciarios de la América latina.

Con los "Grandes" es distinto, representan a los enemigos del pueblo, del hombre protector que protege desinteresadamente, conmovido por infortunios que han abatido a la honrada y pacífica población. Para el César, era una obra meritoria exterminar a los "Zainos" que en la América latina son los generales pretorianos autores de cuartelazos y los políticos trapaceros corruptores del ejército, corruptores de la opinión pública y de todo el país. Intrigantes y calumniadores, falsos y despechados, cínicos insolentes, li-man, rascan, raspan, muerden, ensucian, desquebrajan el prestigio del protector de los humildes, hasta no conseguir la opacidad de su poder, y entonces arro-jarse sobre él y vengarse por los beneficios recibidos. Por desgracia, la época no siente la expansión de esas bellas cóleras greco-romanas, protectoras del pueblo, que sólo se deshacen al rodar estrepitosas las cabezas de los "Grandes." El terror es muy peligroso, invade también a los agentes del Capitolio, y los impulsa a matar a César. Hay que dominar a esos enemigos, envileciéndolos lo más que se pueda, extraerles el vigor

manejando con habilidad sus pasiones, derrumbarlos moralmente para que sirvan de alfombra, y pisarlos sin cesar, hasta hacer polvo sus ambiciones. A esos políticos y militares ambiciosos, se les aplican todos los grandes medios de la perfidia, de la corrupción, de la paciencia, de la infamia, de un terror prudente para mantenerlos esclavos, desde el momento que no es posible mantenerlos en sus respectivas sepulturas. Es en ese lugar, donde a los dictadores les agrada ver a los hombres políticos y a sus viejos compañeros de armas de alto rango; según lo prueba esa afición para ofrendarles funerales brillantes, tolerando entonces, siempre con cierto disgusto, que se les hagan discursos encomiásticos y poesías refulgentes.

Taine dice de Napoleón I, citando a Mme Remusat: "Cultivaba cuidadosamente entre las gentes que quería dominar, las pasiones vergonzosas. Se dedicaba a observar los lados débiles, para apoderarse de los que los manifestaban: como la sed de dinero de Savary, la bajeza cortesana de Murat, la vanidad y la sensualidad de Cambacères, el cinismo indolente y la suave inmoralidad de Talleyrand, la sequedad de carácter de Duroc, la lacra jacobina de Fouché, la bobería de Berthier. Cuando no encuentra vicios, alienta las debilidades, y si tampoco eso puede, excita el medio, a fin de encontrarse constantemente el más fuerte. (1) Teme los lazos de afecto entre sus servidores y se esfuerza en separarlos por todos los medios . . . . . " "No vende sus favores más que despertando la inquietud, y piensa que la mejor forma de sujetar a los individuos, consiste en comprometerlos, y todavía mejor, en hacerlos despreciables ante la opinión." "Si Calaincourt se ha comprometido, decía Napoleón, por el asesinato del Duque d'Enghien, no hay gran mal en eso, al contrario me servirá mejor." (2) Mme Remusat escribió, hablando de Napoleón: "Todos sus medios de gobernar a los

---

(1) (2) Taine. "Le Régime Moderne." Tomo I, páginas 81 y 75.

hombres, han sido tomados entre aquellos que tienden a rebajarlos." (1)

El general Díaz nunca había leído a Taine, pero era un dictador de raza, de la misma ganadería de Napoleón I. Sabía su oficio, enseñado por un gran preceptor, la ambición, apoyándose en el conocimiento del medio. Su fuerte era, como el de Napoleón, explotar bajas pasiones y grandes debilidades, dividir a sus partidarios, crear entre ellos tremendos odios, envilecerlos ante la opinión pública, servirse de esclavos deshonrados. No hay que horrorizarse, se debe recordar lo que el tal Napoleón dijo: "que el cesarismo era la ambición de uno contra la ambición de todos."

El general Díaz explotó a los benitistas, para evitar una oposición en la cámara libre de 1879; explotó la ambición presidencial de su suegro el licenciado don Manuel Romero Rubio, para arrojarlo contra el general, González su mejor amigo, y llevarlo pérfidamente ante el Gran Jurado Nacional. Puso a sus Ministros los unos contra los otros; a su suegro, contra Dublán, a Pacheco, contra Dublán y el suegro, a Dublán, contra el suegro y Pacheco, a Mariscal, contra Baranda, a Baranda lo despegó del general González, de quien era representante en el Gabinete. Después, estableció dobles corrientes de odio recíprocas entre Baranda y Escudero contra los *científicos*, y apadrinó el duelo de diez años entre reyistas y *científicos*, dividiendo a estos últimos, hasta desmenuzarlos.

Ofendió gravemente a Limantour, su magnífico Secretario de Hacienda, de quien no podía prescindir. Después de haberle ofrecido la sucesión en la Presidencia, lo entregó al insulto constante y soez de todos los demagogos, muy particularmente a la "apachería mental" acuartelada en la Secretaría de Gobernación, lista como perro de presa a destrozar en duelo, en riña, con la injuria o la calumnia, a toda persona que le inspira celos o recelos al César. El libelo "La

---

(1) Taine. "Le Régime Moderne." Tomo I, páginas 81 y 75.



Protesta" (1902), fué autorizado por el, general Díaz. Cuando el omnipotente consiente, ordena — y en México no era posible desde el año de 1893 a 1908 escribir dos veces algo que le desagradara al Dictador. Nunca se había visto a un jefe de Estado haciendo insultar descaradamente al Ministro a quien más servicios y gratitud debía, sin que éste hubiera renunciado. Pero el general Díaz, sabía que podía azotar al señor Limantour en una plaza pública sin obligarlo a presentar su renuncia, porque el señor Limantour odiaba a Dehesa, temía a Pineda, amaba su Cartera con frenesí, tenía celos de negro del Secretario de Fomento don Olegario Molina, y terror a la *apachería mental* que podía echarle encima el Dictador. A los "científicos" del "Carro Completo," los hace deshonorar durante ocho años por su prensa favorita, porque sabe que por codicia, han de lamer la mano que los ensucia, que están dispuestos a ir, como dijo uno de ellos, hasta la ignominia. Pineda no era codicioso, pero el odio a Reyes, lo hacía esclavo del Príncipe; no aguantaba el pensamiento de que éste, al romper con los "científicos" entregara la situación a Reyes. En Cerdán, explotó el odio contra Dehesa, en Dehesa y Baranda explotó el odio contra Limantour; en su Ministro González Cosío, su bobería, y lo metió en la trama para asesinar al borrachín Arnulfo Arroyo. En los "científicos" que no eran del "Carro Completo," ni tenían bufetes de "chivos," explotó el hambre, su indolencia, su escepticismo, su mexicanismo, consistente en pasarse buena vida con buenos sueldos, y que ruede el mundo o esté parado, nada importa. En los diputados, senadores, magistrados y toda la burocracia, explotó el hambre, el terror que produjo el "25 de Junio", y sobre todo, la codicia que en todos excitaba y que en muy pocos satisfacía. Nada le complacía tanto como saber que alguno o algunos de los gobernadores de los Estados, que había impuesto, eran abominablemente impopulares. Esos, podían estar seguros de nunca ser removidos de sus puestos, en virtud de que no les

quedaba más recurso, para no ser linchados, que ser fieles a su Creador e ir hasta la ignominia y . . . . . más allá.

\*  
\* \*

### Conclusiones

No se debe confundir al gobernante con su gobierno. Barrabás pudo haber sido tan gran gobernante como el Emperador Augusto, que fué un hombre execrable mientras se llamó Octavio. Las naciones deben preocuparse más del gobierno que del gobernante en lo personal. Al náufrago, no le importa que lo tome de la cabellera para salvarlo, el mejor o el peor de los hombres de la tierra, le es completamente igual, y su gratitud no decaerá si al verse salvado sabe que su salvador causa repugnancia hasta en los presidios. He dicho que yo no estudio al general Díaz como hombre, ni como cristiano, ni como caballero, ni como Presidente Constitucional, sino como Dictador; es decir, como a un individuo que puede servir inmensamente a su país, si está dotado de las cualidades y vicios que indispensablemente requiere la forma de gobierno dictatorial.

¿El general Díaz dió treinta años de paz a su país? Sí, indudablemente. ¿Garantizó la seguridad de todos sus habitantes contra las grandes agresiones de los malhechores? Sí, y como en la nación más civilizada del mundo; la seguridad pública de México, bajo la Dictadura, era un modelo que excitaba respeto de las naciones más cultas. ¿Hubo justicia de califa? Sí, y con notable humanidad. ¿Estableció una administración pública sobresaliente por su moralidad, inteligencia, crédito público exterior e interior? Sí, era la primera de América, de toda América, y una de las primeras de Europa. El crédito financiero de México, se colocó inmediatamente después del de los Estados Unidos en América. ¿Procuró el bienestar y el engrandecimien-

to del pueblo mexicano, y su estimación en el extranjero? Como muy pocos lo han logrado en el mundo, en los diez últimos siglos de vida de la humanidad. Para gobernar pueblos inmorales, es preciso que el gobierno, entre sus medios de gobernar, use de recursos inmorales. Pero éstos, como ya lo declaré y probé, fueron empleados al mínimo, como la corrupción, el terror, la arbitrariedad, menos la perfidia. Un gran sentimiento de infatigable benevolencia envolvió siempre las durezas e irregularidades éticas, para hacerlas pasar diluídas y azucaradas por un filtro de excitante civilización. Brillaron las cualidades del alto dictador, del aventajado *magister populi*: la paciencia, la serenidad, la ausencia de rencores, el amor por la civilización, el horror de lo violento, de lo brusco, de lo bárbaro, el deseo de paternalizar la autoridad, de llevar de la mano al bien a los gobernados, de esconder el látigo, de ordenar con cortesía, de tolerar sin enfado, de recibir todos los *mea culpa*, de levantar con generosidad a los enemigos rendidos y de prodigar el perdón, sin límite, al que mostrara retirarse de la lucha contra él, con honor o sin honor.

¿Que hubo un aplastamiento de caracteres, molienda pavorosa de la energía nacional, una inmersión en baño sulfúrico de cobardía, una disolución de pudor público y privado en servilismo asiático? No hay que dudarle. Ese grave mal, es inevitable en el tratamiento de un pueblo por un gobierno ultra personal, no sancionado por la moral de la época, sí por las necesidades supremas de los gobernados.

Y sin embargo de las glorias ciertas e imperecederas de la Dictadura, que acreditan al general Díaz, no como a santo de claustro, ni como a gobernante cristalino jamás empañado, ni como Presidente de democracia que no existía ni podía existir, sino como a dictador orgánico, tal vez el primero del siglo actual y del anterior, su obra fracasó miserablemente en cuanto al objeto principal; hacer progresar al pueblo mexicano en su vida material. El progreso de un pueblo, se mide

por la situación de sus clases populares, y al llegar la Dictadura a su apogeo, la mayoría del pueblo mexicano se aproximaba al nadir sepulcral, por la miseria, más que nunca cruel y desvergonzada. Para probar este hecho indefinidamente lúgubre, que debía ser el autor verdadero y oculto de una gran revolución social, me basta mostrar algunas cifras que nadie puede impugnar.

Expresando cómo debe ser el jornal real de la mayoría del pueblo mexicano en maíz, que es su alimento de monófago, tenemos:

El barón de Humboldt, en su "Ensayo Político sobre Nueva-España," asegura que en los buenos años de cosechas, una fanega de maíz se vendía a seis reales, lo que equivalía a que el hectolitro se adquiriera por 75 centavos. Siendo el jornal del indio, entonces, de 25 centavos, su jornal real en maíz correspondía a

33 litros, 33 centésimos de litro.

En 1910, el precio medio del maíz por quinquenio, era en los años de buena cosecha en los lugares de producción, tres pesos cincuenta centavos por hectolitro. La mayoría de los peones ganaba treinta a treinta y siete y medio centavos por día de trabajo, lo que hacía que su jornal realmente fuera de

8 litros, 57 centésimos de litro.

Casi la cuarta parte de lo que era en la época colonial.

¿Pudo la Dictadura evitar este gran desastre para el pueblo mexicano, que debía conducirlo al deshonor, al anatema, al precipicio, a la ruina desesperante? Sí. El culpable del desastre social, fué el culpable del desastre político. Es preciso buscar, encontrar y presentar a los mexicanos a ese culpable.

